

<https://doi.org/10.55422/bbmp.501>

Un hombre para la cultura: Leopoldo Rodríguez Alcalde

Leopoldo Rodríguez Alcalde, escritor y crítico de arte, coleccionista y poeta, falleció el día 20 de agosto, en Santander, a los 87 años. Hijo Predilecto de esta ciudad (2000), que reconoció en su persona al «investigador del lejano pasado y testigo del presente más inmediato», Leopoldo formó parte de la nómina de poetas reunidos entorno de la revista *Proel*, aunque su labor intelectual más conocida entonces fuera como crítico y traductor. Con él ha fallecido una de las personalidades más importantes de la cultura local, que ha donado al Ayuntamiento de Santander su notable biblioteca de más de veinte mil volúmenes y a la Fundación Marcelino Botín su colección de pintura y obra gráfica.

A mediados del pasado mes de julio Leopoldo sufrió una caída en su piso del Paseo Pereda número 20, a consecuencia de la cual tuvo que ser internado en la Clínica Mompía. Dos semanas más tarde ingresó en la Residencia San Cándido, en la que estuvo unos pocos días; el domingo 19 de agosto tuvo que ser hospitalizado en Valdecilla, donde al día siguiente falleció.

Leopoldo Rodríguez Alcalde nació en Santander el 13 de junio de 1920, día de San Antonio. Era hijo de Leopoldo Rodríguez Fernández-Sierra, eminente médico de tendencias liberales, que le inició en el conocimiento de la literatura española y del teatro de la época (tenía alquilado un palco en el proscenio del Teatro Pereda); en 1933 facilitó que Leopoldo (*Polín*, entonces), poeta precoz, conociera en Madrid a Francisco Villaespesa. Fue precisamente la biblioteca de su padre el origen de la espléndida y nutrida biblioteca de Rodríguez Alcalde, en la que destaca el fondo de varios miles de libros en francés y lo más importante del teatro universal, incluyendo colecciones teatrales españolas como *La Novela Teatral*, *La Novela Cómica* y *La Farsa*.

Su tío, Carlos Rodríguez Cabello, fue, además de médico de Menéndez Pelayo, un reputado ginecólogo, director de la Casa de Maternidad de Santander. Rodríguez Alcalde estudió en el Instituto de Santander con profesores como José Royo, Alberto Dorao y Gerardo Diego. Es indudable, además, la importancia que tuvo en su formación su profesora particular de francés, Marguerite Saugnac, a la que debe su entusiasta afición a la literatura gala. Antes de 1935 era considerado en su ciudad natal un «niño prodigio»: había publicado cuatro libros de poemas y había obtenido un sonado éxito con sus versos en el Ateneo Popular. En aquellos años compaginaba su afición por la lectura con su gusto por el dibujo y el diseño de figurines para el teatro. En agosto de 1935 fue uno de los asistentes al recital que dio Federico García Lorca en La Magdalena.

Después de la Guerra Civil se licenció en Derecho por la Universidad de Oviedo, carrera que hizo por libre. Trabajó como funcionario por oposición en la Delegación local del Ministerio de Información y Turismo, desde la que ejerció de censor y colaboró activamente en la organización de eventos como el Festival

Internacional de Santander. Colaboró en la prensa regional, singularmente en el *Alerta*. Residió siempre en Santander, en el mismo piso del Paseo Pereda donde él mismo había nacido y había tenido consulta su padre; sólo abandonaba la ciudad para visitar Madrid, adonde iba tres o cuatro veces cada año. A lo largo de su vida pasó varias temporadas en Bilbao y Biarritz, lugares que aparecen evocados en algunos de sus poemas.

La trayectoria como poeta de Leopoldo Rodríguez Alcalde es una de las más interesantes de la segunda mitad del siglo XX, en cuanto al conjunto de los escritores nacidos en nuestra región se refiere. Hasta hace bien poco González Herrán le llamaba «el primero de los poetas vivos de Cantabria»; Lázaro Serrano le consideraba «uno de los más valiosos poetas de la generación de posguerra». También Leopoldo de Luis y Manuel Pinillos, entre otros, valoraron positivamente el conjunto de sus creaciones. Dos hitos bibliográficos de su obra poética son la recopilación titulada *Jugando a la vida (Poesía 1948-1978)* (Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1982) y la antología *Canciones para una biografía (Poesía 1948-1993)*, con prólogo de González Herrán (Madrid, Aldebarán, 1995). Estas obras nos introducen en una poesía de gran formalismo expresivo e inmejorable manejo del verso alejandrino. Leopoldo Rodríguez Alcalde siguió, como los otros miembros activos de la revista *Proel*, una trayectoria independiente y bastante bien definida, que, sin embargo no ha tenido detrás una amplia bibliografía crítica. Su poesía cubre prácticamente tres etapas. Una primera, hasta 1939, con cuatro poemarios «relegados» hoy pero importantes por las insinuaciones rítmicas que hay en ellos y que tendrían un mayor desarrollo posterior. Una segunda etapa, hasta la década de 1960, más o menos, con cuatro poemarios de gran madurez y lirismo, desde el tono inocente pero intenso de *Cancionero de Monte Corbán* (1952) hasta el neorromanticismo de *La invisible frontera* (1954), *Playa de Octubre* (1961) y *La ceniza en la frente* (1961). La tercera etapa, amplia y heterogénea, contiene poemarios de tono variado, aunque con temas recurrentes, destacando, quizá, *Nocturno de otro país* (1975) y *La sonrisa ante el espejo* (1988); este título, con el *Cancionero de Monte Corbán*, estaban entre sus libros preferidos, según sus propias palabras. Tengo el privilegio de haber servido de humilde cauce a sus últimas publicaciones poéticas: en 2003 adaptó varios romances del *Romancero popular de la Montaña* de José María de Cossío y Tomás Maza Solano bajo el título *La Pasión de Cristo según Cantabria* (Santander, Junta de Cofradías Penitenciales, 2003); ese mismo año publicó en la revista *Vetus* su último libro original de creación, *Un vaso de buen vino*; y en 2007 él mismo tuvo ocasión de revisar la nueva edición de su *Viernes Santo* que incluí en *El Via Crucis de los poetas cántabros*, libro que, por cierto, tenía unas ilustraciones de Luis Cortines que le gustaron mucho. A pesar de que progresivamente fue limitando por motivos de salud sus apariciones públicas y la escritura manuscrita de textos, en los últimos años pudo colaborar con sendos poemas en los catálogos

dedicados a sus amigos Enrique Gran y José Hierro que yo mismo le mecanografié.

Destacada ha sido la labor de Rodríguez Alcalde como traductor de poesía francesa: Jules Supervielle, Saint John Perse, Alain Bosquet, Paul Claudel y Pierre Emmanuel son algunos de los poetas que tradujo con notable acierto. Resulta impagable la *Antología de poesía francesa contemporánea* (1950), decisiva lectura para sus poetas amigos de entonces, como José Hierro y Julio Maruri, y libro que perfectamente se podría reeditar hoy sin apenas alterar su contenido. Colaboró en *Proel*, *Peña Labra*, *Fontibre* y la revista y colección de libros que Manuel Arce auspició bajo el título de *La isla de los Ratonés*. Entre su obra en prosa, publicó los relatos *Carmela Durán* (fines de los 40), *El loro del calendario* (1951) y *El duende* (1953).

Otra de las facetas ineludibles de Rodríguez Alcalde fue la de conferenciante. Innumerables y siempre eruditas fueron sus intervenciones en el Ateneo de Santander sobre temas como la literatura española y francesa contemporáneas, la pintura moderna española, el siglo XVIII y la Revolución Francesa, las Casas Reales europeas... También participó en las programaciones de la tertulia de El Gato Verde, la Sala Proel y la Galería y Librería Sur. Entre sus numerosos ensayos, firmó ocho estudios introductorios de la colección *Antología de Escritores y Artistas Montañeses* que dirigió Ignacio Aguilera: *Luis Barreda* (vol. I, 1949), *José Luis Hidalgo* (XII, 1950), *José de Ciria y Escalante* (XVII, 1951), *Benjamín Taborga* (XXXI, 1952), *Ignacio Zaldívar* (XXXIV, 1953), *Fernando Velarde* (XXXVII, 1954), *Ricardo Olarán* (XXXIX, 1955) y *E. Rodríguez R. de la Escalera, «Monte-Cristo»* (XLIX, 1958). Algunos de sus textos, sobre todo ensayísticos, se publicaron en Madrid y trascendieron, así, fuera de nuestra región: *Vida y sentido de la poesía actual* (Editora Nacional, 1956), *Hora actual de la novela en el mundo* (Taurus, 1959), *La juventud en la literatura contemporánea* (Fermín Uriarte, 1967), *Teatro español contemporáneo* (Epesa, 1973) y *Los maestros del impresionismo español* (Ibérica Europea de Ediciones, 1978). Sin embargo, haciéndose eco de las palabras de Menéndez Pelayo, siempre desconfió de la perennidad de las obras de crítica literaria y de la vanidad unida con frecuencia al oficio de escritor. Tras haber publicado dos biografías de *Leonardo Torres Quevedo* (Ediciones Cid, 1956, e Institución Cultural de Cantabria, 1974), recibió el III Premio «Leonardo Torres Quevedo» de los Amigos de la Cultura Científica. Ha dejado sin publicar, entre otros textos, *Verbo y acción*, una biografía del gobernador Joaquín Reguera Sevilla. En Santander publicó *Retablo biográfico de montañeses ilustres* (Estudio, 1978, 2 vols.) y *Las escritoras de sangre real* (Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Santander, 2002). Dos de sus últimos libros en prosa tienen especial interés para conocer el pasado cultural más próximo, la *Crónica del veraneo regio* (1991) y *Miradas y situaciones* (2001). Como dato verdaderamente reseñable, cabe indicar que Leopoldo escribía en cuadernos o

cuartillas numeradas y lo hacía sin apenas tachaduras y de corrido, como si tuviera en la cabeza el libro desde el principio hasta el final y lo copiara en el papel.

Por otro lado, la concesión del Premio Lázaro Galdeano de Crítica de Arte (en 1976, a consecuencia de lo cual fue elegido entre los Montañeses del Año por el Ateneo de Santander) supuso la culminación de una prolífica dedicación a la crítica de arte a través de artículos de prensa, monografías e infinitud de catálogos: son muchos los artistas a los que dedicó textos críticos. Entre toda su obra crítica sobre arte, destacan *El coleccionismo de pintura en España* (Santander, Fundación Marcelino Botín, 1990) o los estudios monográficos de los pintores Agustín de Riancho, José Gutiérrez Solana, María Blanchard, Enrique Gran y Antonio Quirós. Leopoldo recibió varios homenajes por su fecunda trayectoria: en septiembre de 1989, por ejemplo, se le brindó uno en el Casino de Santander promovido por el Ateneo, el Ayuntamiento y la Asamblea Regional. No podemos olvidar la faceta de Rodríguez Alcalde como coleccionista de pintura y obra gráfica; en 1992 se pudo ver en el Palacete del Embarcadero de Santander la exposición de una selección de su apreciada colección de obra gráfica internacional.

Extraordinario lector, le molestaba que se le preguntara por los libros que se había leído a lo largo de su vida: fueron, sin duda, miles, los que forman su biblioteca, cuya calidad y cantidad le habían facilitado una independencia de fuentes documentales para escribir sus ensayos. Rodríguez Alcalde estaba dotado de una memoria verdaderamente prodigiosa, de la que hacía gala en cada conversación, cuando recitaba viejos poemas, citaba algún pasaje teatral o traía a colación algún título perdido en la vasta bibliografía que llegó a manejar. Algo clasista y también a veces algo cascarrabias, Rodríguez Alcalde siempre estuvo dispuesto sin embargo a guiar con su palabra a los jóvenes escritores y pintores que acudían a su casa en busca de consejo, y no sólo, como se ha dicho, bajo el amparo de una copa de coñac. Con frecuencia se lamentaba de la falta de diálogo y contacto intelectual entre las personas interesadas por la cultura. La tertulia fue una de sus mayores aficiones, máxime si ésta se desarrollaba por los cauces del arte, la erudición y la sensibilidad estética, aspectos en los cuales mostraba generosamente todo su conocimiento. Forman un amplio grupo los artistas que unieron sus primeros pasos a su palabra prudente y experimentada.

Aunque Rodríguez Alcalde no fue miembro de la Sociedad Menéndez Pelayo ni participó directamente en el *Boletín de la Biblioteca*, fue lector incondicional de la obra de Marcelino Menéndez Pelayo y un buen conocedor de la producción literaria de su hermano Enrique. En las numerosas conversaciones que disfruté con él soy testigo, por ejemplo, de sus referencias de memoria a pasajes de los *Heterodoxos* o la ponderación de su juicio al hablar de las *Memorias de uno a quien no sucedió nada*. En alguna ocasión me pidió que confirmara algún dato bibliográfico

en la Biblioteca de Don Marcelino, que tenía, como no podía ser menos, como uno de los mayores tesoros de la ciudad en la que siempre vivió.

MARIO CRESPO LÓPEZ
SANTANDER